

VI

Era jueves, día de trabajo en el « Roperó » y, como el tiempo era desapacible, la salita del colegio de las Hermanas — que servía de taller á las señoras de Auberive — había visto engrosado su habitual contingente de obreras caritativas. Todas eran antiguas conocidas: la esposa del notario, siempre displicente á causa de sus neuralgias, de las cuales no la defendía el capuchón de seda negra que servía de marco á su cara biliosa; la Recaudadora, que lucía traje muy limpio, y que á regañadientes había abandonado las faenas domés-

ticas para venir á coser ropas con destino á los pobres; la señorita Irma Chesnel, algo ajada por el paso de dos inviernos, pero conservando siempre en el fondo del corazón un rinconcito verdeante y primaveral para el marido de sus ensueños; Eufrosia Cartier, hermana del Párroco, alta, enjuta, angulosa, ejerciendo con austeridad y método las altas funciones de directora del taller. En el hueco de una ventana, Sor Telesfora estaba sentada discretamente, modestamente, sin intervenir en la conversación. Bajo la amplia toca almidonada, sólo se veía el perfil de su cara, pálida cual la cera; los dedos de la religiosa movíanse rápidamente, cosiendo una camisa de lienzo basto. No lejos de la Hermana, otra conocida, Ramona Trinquesse, de pie, contemplaba á su segundo « cachorro », al cual la señorita Cartier probaba un delantal de dril. El arrapiezo, hurgándose la nariz y torciendo el hociquillo, se prestaba poco á la prueba, y bajaba los brazos cuando debía levantarlos y se ganaba grandes regaños de la severa Eufrosia, cuyos dedos huesudos manejaban los miembros del chiquillo, como hubieran manejado á un maniquí.

El ruido de los aguaceros abrilenos que caían estrepitosamente, mezclábase al crujir del mada-

polán que se desgarraba, al rechinar de las tijeras y al murmullo de las voces. La luz gris, empalidecida más aún por los visillos de muselina y por el tono mate de las piezas de ruán desenvueltas, daba cierto aspecto de sacristía á esta sala sin adornos, de paredes encaladas, y engalanada únicamente con un Crucifijo de madera negra y con una estatuita de la Virgen. En este atardecer pálido, los perfiles de las obreras se destacaban negreando sobre el fondo blanco de los muros; paz y recogimiento revelaban todos los semblantes; las palabras se cruzaban á media voz, como si se estuviese bajo las bóvedas de un templo.

— ¡Vaya, niño, déjate quietecita la nariz! — gruñó, de repente, la señorita de Cartier, sacando una manga del delantal. Y luego, añadió, entregándose á Sor Telesfora: — Me parece, hermana, que hay que coger una alforza.

En seguida lanzó una exclamación al ver un roto enorme en los fondillos del pantalón del granuja:

— ¡Los benditos ángeles me valgan! ¡Vean un pantalón desgarrado indecentemente!... Ya tenemos un gasto con el que no habíamos contado... ¡Este niño es la ruina del « Roperero »! ¡Ropa de hierro que le diéramos, ropa de hierro que destrozaría!

— ¡Ay, señorita! — gimoteó Ramona — ¿á quien se lo dice usted?... Es un desastrado... Y su hermanito mayor, todavía es peor... Si el « Roperero » no me socorriera, mis hijos andarían pronto desnudos por las calles, como san Juanito. Antaño, cuando la señora de Lebreton estaba en la Mancienne, me daba mucha y buena ropa para los chicuelos y para mí; pero ahora, desde que se ha marchado de Rouelles, no sé realmente cómo salir de apuros.

— Irma — preguntó la notaria á su vecina — ¿se explica usted por qué la señora de Pommeret no se ha quedado en Rouelles para dar á luz?...

La hermana de la Administradora de Correos se encogió de hombros:

— ¡Cualquiera lo sabe! Todo es un misterio en aquella casa... Según parece, Dionisia se halla enferma, y los médicos le han aconsejado que pase una temporada en el Mediodía.

— Pero, la buena y querida señora ¿está realmente en cinta? — insinuó quejumbrosamente Ramona — ¡Bueno! Yo siempre creí que era ilusión suya... La última vez que la encontré, allá por Navidad, venía yo de recoger leña en Montavoire, y la vi, paseando por la carretera, con la señorita Dionisia. Le pregunté cómo estaba, y me

dijo: « Ramona, me llegó mi hora; para la primavera tendré un chiquitín ». — ¡Vaya! — le contesté — pues, viéndola á usted tan esbelta como un junco, al lado de la señorita que está tan abultada, no lo hubiera yo advertido... Si la señorita Dionisia se hubiese casado, con perdón de la señora, diría yo que era ella la que estaba camino de ser madre... » — Esto le dije por Navidad, y la señora me contestó que yo era tonta, y me dió una moneda de plata...

Las señoras del « Roperero » se miraron escandalizadas. La señorita de Cartier puso coto á la charlatanería, exclamando con sequedad.

— Eso prueba que no se debe juzgar por las apariencias.

— Y... ¿está para pronto? — insinuó Irma Chesnel, ruborizándose.

— De cualquier modo — replicó la notaria — no puede ser mucho antes de Mayo... La señora de Pommeret volvió de Plombières el 15 de Agosto... Conque... ¡haga usted la cuenta!

— ¡Oh! — murmuró Irma, bajando los ojos, con gesto pudibundo — ¡No entiendo de esas cosas!

— Lo cierto es que no han perdido el tiempo — observó ingenuamente la Recaudadora; — mi marido supone que eso es efecto de las aguas.

Sor Telesfora tenía las mejillas como la grana, y procuraba ocultar, entre la tela que cosía, el rostro asustado.

— Señoras — exclamó con acritud la hermana del Párroco — piensen que hay aquí oídos que no están acostumbrados á escuchar palabras libres... Ruego á ustedes que se moderen.

Hubo un momento de silencio; luego, la notaria reanudó la conversación:

— Lo que me admira es que el señor Pommeret se haya quedado en Rouelles.

— Hace poco, le dijo al juez que, en esta semana, marcharía á Suiza para reunirse con las señoras.

— ¿Y los criados?

— Los criados se quedan cuidando la casa. Ni siquiera se han llevado á Celia, que es la doncella de confianza.

— ¿Por qué? ¡No me lo explico!

— ¡Canastos! — murmuró la Recaudadora. — Será por economía... Viajes de esa clase serán costosos.

— ¡Vaya! ¡Vaya! La posición de esa señora no es como para andar escatimando un billete de mil francos.

— En fin — insinuó Irma, enhebrando la aguja

— digan lo que digan, á mí se me antoja todo esto muy extraordinario... Un viaje en pleno invierno, mujeres que se van solas á recorrer mundo, criados que se quedan en casa, un marido que no se mueve para acompañar á su esposa delicada y enferma... No sé si peco de incrédula, pero estas cosas me parecen inverosímiles; y si alguien viene y me cuenta que, en el fondo, hay oculto uno de esos dramas de matrimonios mal avenidos, confieso que no me sorprenderé.

— ¿Por qué supone usted que los Pommeret sean un matrimonio mal avenido? — objetó la notaria.

— Cuando se efectúa un enlace desigual — suspiró la señorita de Chesnel — no es difícil calcular que esas desigualdades se reflejarán en todo... Mi hermana y yo hemos pensado siempre que ese casamiento no acabaría bien...

Bruscamente se interrumpió escuchando una voz áspera y varonil que vibró tras ella como la trompeta del Juicio Final:

— Señorita de Chesnel, Nuestro Señor ha dicho: « No juzguéis, á fin de que no seáis juzgados » y la Escritura añade: « No hables mal del sordo, y no coloques ante el ciego nada que pueda hacerle caer... »